

PRECIO
DE SUSCRICION.

PARA CADIZ.

Llevado á las casas de los
suscriptores.....rvn 13.
A los suscriptores que lo reco-
jan en el despacho..... 12.
Para fuera de Cádiz fran-
co de porte..... 16.

El Tiempo

SE SUSCRIBE
EN CADIZ.

En el despacho de esta ofi-
cina, calle de la Verónica
número 151.

PARA FUERA DE CADIZ.
Jerez, S. Fernando, Puer-
to Real, Puerto de Sta. Ma-
ría, Sanlúcar y Chiclana lle-
vado á las casas.....rvn. 10.

NUMERO 1.251.

Jueves 17 de Setiembre de 1840.

5 CUARTOS.

El Tiempo

CADIZ.

JUEVES 17 DE SETIEMBRE.

*Del progreso social en beneficio de las clases popu-
lares, no indigentes, por Mr. FELIX DE LA FA-
RELLE.*

Destruir es muy fácil, particularmente á los france-
ses, quienes sobresalimos en esto. Nuestras revoluciones
tan prontas y tan radicales, ofrecen una prueba inequí-
voca de nuestro aserto. ¿En que otro pueblo se ven seme-
jantes esfuerzos? Sin embargo, este es un mérito bien tris-
te, porque los resultados mas inmediatos son siempre los
escombros regados de sangre. Cuando circunstancias im-
periosas obligan á un pueblo á estos grandes actos de ira
destructora, es con profundo dolor, y volviendo á un la-
do la cabeza cuando debe descargar el golpe. Luego que
cae la enchilla, luego que se ha puesto en movimiento la
palanca destructora, luego que el ariete que estremece
los muros se ha abierto calle por medio de todos los obs-
táculos, luego que solo quedan el silencio, la ruina y los
sepulcros, entónces, apaciguándose la exaltacion de la
lucha, tienen lugar las crueles angustias y los profun-
dos pesares. Entónces precisa reedificar, precisa repro-
ducir la vida y la seguridad. Precisa reanimar el cuerpo
social abatido por las heridas que han cortado sus miem-
bros á cercen. Precisa reemplazar el orden demolido por
un orden nuevo, el cual mejor que el antiguo arregle
una nacion entera, señale á cada uno su lugar y su ran-
go, sus derechos que conocia demasiado bien, y sus debe-
res olvidados durante la anarquía de la tempestad. Ta-
rea inmensa, siempre superior á las fuerzas de los hom-
bres violentos y disparados, que consumaron la obra del
trastorno. Mientras se esperan hombres de genio repa-
rador, y estos no se presentan tan pronto, los pueblos
son presa del sufrimiento, de la agitacion, y de la ansie-
dad devoradora. Las heridas de la sociedad dejan ya de
verter sangre, pero á imitacion de las de Philoctetes per-
manecen fétidas y parecen incurables. El horizonte es li-
mitado y sombrío. Nadie sabe adonde va, y casi se olvi-
da de donde ha venido. El abismo de la revolucion deja
de tragar víctimas, pero todavia queda abierto.

Rehacer el orden social, sembrando los granos de
arena que el torbellino revolucionario ha dejado esparci-
dos, y los cuales, como si estuviesen bajo una escitacion
eléctrica, se repelen mas bien que no se atraen, es sin
embargo la tarea de nuestro siglo. Los hombres de bien,
en semejante caso, llevan cada uno piadosamente su pu-
ñado de simiente, y lo deposita con modestia y esperan-
za sobre el terreno desmantelado y dirruído. Despues,
con el auxilio del tiempo, se levanta un edificio, seme-
jante á aquel Caabah del Oriente, construido con las pie-
dras que los peregrinos han recogido, al venir de la ban-
da del desierto. Tambien Mr. de la Farelle acaba de
presentar su ofrenda, y los que la examinen hallarán que
no carece de peso ni de valor.

Este sugeto es de los que juzgan que las sociedades
existen mas bien por la moral que por la materia, y que
el vinculo de las sociedades es la comunidad de sentimen-
tos y de fé mas bien que de intereses. Está convencido de
que un edificio social, sobre cuyo frente no brille el nom-
bre de Dios, no es otra cosa que un castillo hecho de naipes,
que derriba el soplo mas ligero. Ve á la humanidad
adelantando en las vias del progreso á través del tiempo
y del espacio, ya por una linea recta y rápida cual des-
cribe la flecha ó la bala del cañon, ya por una curva sua-

vemente undulosa como el serpentear de los rios en
nuestras llanuras, ora con discrecion y á tientas, ora con
paso firme y frente erguida, pero siempre bajo la direc-
cion de la Providencia, que la conduce mientras se agi-
ta. Sin embargo, confia nuestro autor en la libertad hu-
mana; cree al hombre revestido de una prerogativa in-
mensa; la de modificar sus destinos, mientras que las
creaciones mas magníficas, los astros brilladores, están, á
fuera de esclavos, encadenados dentro de sus órbitas, y
se ven forzados incesantemente á girar en su eterna ruer-
da. Con estas ideas eminentemente cristianas es como en-
tra en materia, previniendo de este modo el alma á favor
de la instruccion que se propone dispensar al espíritu.
Ademas de religioso se ostenta lleno de esperanzas. Re-
fiere Tácito, que bajo el segundo de los césares, la hi-
guera ruminal, colocada en la comicia, y la que 840 años
antes habia guarecido con su sombra la infancia de Ro-
mulo y de Remo, perdió sus ramas y se secó; pero que,
mientras los demas se asustaron con semejante prodigio,
volvió á animarse y á producir nuevos retoños, símbolo
de la perpetuidad del imperio romano. Mr. de la Fare-
lle espera que la religion católica, de un modo igual, ba-
jo cuya sombra naciera el hermoso reino de la Francia,
formado por los obispos, solo parece ahora despojado
de sus ramas y de sus jugos, para brotar aun mas mages-
tuoso, al paso que nuevas ramas saliendo del tronco de
Jessé, le devolverán su antigua grandeza y su influencia
poderosa sobre la felicidad del género humano.

M. de la Farelle divide en dos partes su exámen de
la sociedad; la una respectó á las clases agrícolas; la
otra relativa á la poblacion fabril y comercial. Señala
con perfecta precision los males de la agricultura. Se-
queja de que el régimen de nuestras aduanas y leyes fis-
cales ha sacrificado el interés agrícola al interes fa-
bril; deplora la masa enorme de deudas, de once mil millo-
nes que gravita sobre la propiedad fincada, y que le im-
pone un subsidio anual de 700 millones. Pide la liquida-
cion general de esta deuda, que arruina la agricultura;
porque nuestros agricultores pagan por lo que deben un
interés mucho mas alto que el que produce un capital in-
vertido en tierras. Discute con felicidad la cuestion de
las ventajas respectivas de la propiedad en grande y en
pequeño; muestra en suma, que la existencia del prole-
tario campesino es preferible á la del proletario en las
ciudades; porque el primero puede facilmente asegurar
los medios de subsistencia, en todo tiempo, al paso que
el segundo se halla espuesto periódicamente á crisis que
le matan de hambre. Establece por medio de una com-
paracion entre la Francia y la Inglaterra, hasta que pun-
to puede mejorarse aun la suerte de nuestros agricul-
tores.

En Francia las tierras de labradío ocupan una es-
tension de 40 millones de hectáres, en que trabaja una
poblacion de 24 millones de individuos. La Gran Bre-
taña é Irlanda, algunos años años atras, fecha de los
datos de M. Farelle, tenia cultivados 18 millones de
hectáres, fertilizados con el trabajo de 5 millones,
200.000 campesinos. El producto total de las labores de
nuestros 24 millones de hombres en 40 millones de hec-
táres produce anualmente 4½ mil millones. Los cinco
millones de cultivadores ingleses hacen que sus 18 mil-
lones de hectáres den un valor de 5 mil 420 millones.
Segun las observaciones de Mr. Rubichon muy dignas
de crédito por cierto, puede calcularse como sigue el pro-
ducto anual de mil familias en Francia y en Inglaterra.

Naturaleza de los productos.

	Inglaterra.	Francia.
Caballos.....	273.	65
Carneros.....	11,000.	1,043
Bueyes.....	1,230.	205
Hectólivos de grano.....	56,000.	40,000

Tenemos pues, que llenar un vasto márgen, respec-

to á progresos; y si nuestra agricultura está bien gober-
nada, la condicion de nuestros agricultores puede hacer-
se bastante feliz. Entre otras mejoras, que, á primera
vista, parecen imposibles de realizar, pero que la com-
paracion con Inglaterra demuestra son fáciles de conse-
guir, y que todo el que haya salido del continente para
recorrer la Inglaterra querria introducir en su patria,
hay una que señalaremos, porque tiene una relacion mas
directa que las otras, con el perfeccionamiento moral,
que Mr. de La Farelle tiene constantemente á la vista,
por mucho que este autor se adelante en la materia. Este
seria el eximir á las mugeres de los trabajos del campo.
Uno de los títulos mas gloriosos de la raza inglesa, uno
de los hechos que le aseguran para siempre el reconoci-
miento de los amigos de la libertad, es el haber emanci-
pado la mitad mas endeble del género humano, de los
rudos trabajos á que la Providencia jamás la destinó.
Uno de los privilegios de la tierra de Francia, privile-
gio que ella sola poseia en otros tiempos, es el que sea li-
bre todo el que ponga los pies en ella. La dominacion in-
glesa tiene todavia un privilegio mas hermoso, y del que no
participan los demas paises; este es, que por donde quiera
que la ondée el pabelion ingles, la muger blanca no conoce
esas penosas faenas de fuer za, á las cuales se niega su dé-
bil complexion. Los ingleses han considerado como uno
de los atributos inseparables de la superioridad del hom-
bre sobre la muger, el reservarse aquel el monopolio de
los trabajos fuertes en general, y particularmente el
de los campos. De este modo queda libre la muger para
los cuidados domésticos; es esposa y es madre. La fami-
lia se cimenta mas facilmente con inmensa ventaja para la
moral pública y para el orden social.

La parte mas curiosa del libro de M. de La Farelle es
la que se refiere á las clases trabajadoras en las ciudades.
Allí urge mas que el orden se restablezca, pues allí es
donde se halla el desórden mas anchamente extendido, y
el peligro es mucho mayor. Allí para el hombre político
existe el resorte mas enérgico, pero tambien existe la ma-
teria volcánica, el barril de pólvora de las sociedades mo-
dernas. Para el moralista, y el hombre religioso, allí
existen los padecimientos fisicos mas crueles, los tormen-
tos mas vivos del corazon y del ánimo, el que resulta de
la amplitud ilimitada de los deseos y de la pequeñez de
las satisfacciones; allí está el abatimiento mas profundo;
la desmoralizacion mas horrorosa; la anonadacion mas
completa de las creencias; allí, mas que en ninguna otra
parte, se encuentra reducido á fugitiva sombra el senti-
miento del eterno porvenir, tan necesario, sin embargo
para dirigir lo presente mas inmediato. Mr. de la Farelle
pide el remedio de males de esta clase al principio de la
asociacion. En efecto, nada es mas justo, porque el mas
asombroso de los síntomas, y la causa mas activa del esta-
do actual de las cosas, es la falta de union, de voluntad
comun, de tendencia uniforme. Este aislamiento, es la
exageracion del individualismo. He leído en un no se quí
tratado de fisica, que habiendo caído el rayo en un buque
mientras navegaba, se trastornaron todas las brújulas; la
distribucion del magnetismo se desequilibró en todas ellas;
cad a una señalaba á su norte, pero ninguna al norte ver-
dadero. Tal es nuestro estado actual, despues de heridos
del rayo de las revoluciones, ó mas bien, despues que en
un rebozo de energia, á manera de los Titanes, hemos lan-
zado los rayos contra los reyes, contra los pueblos, con-
tra los hombres y los elementos conjurados, contra el
cielo mismo, que la ha descargado sobre nuestras cabezas
en retorno.

Mirando la asociacion bajo un punto de vista práctico
y administrativo, particularmente en lo que respecta á
los trabajadores, la recomienda M. de La Farelle segun
la reorganizacion de las antiguas corporaciones de
artes y oficios. Traza un cuadro exacto de la consti-
tucion de las clases industriales desde el tiempo del rey de
los lenceros que destruyó á Francisco I, empeñado en ser
el único rey de Francia, hasta la Constituyente, tan mal

denominada, pues que todo lo *desconstituía*. Espone con claridad los derechos y deberes de los síndicos, jura los, maestros, apéndices y compañeros. Indica el espíritu de los reglamentos que tenían por objeto asegurar la lealtad y artimaña de la producción. No disimula los vicios que fueron muy pronto introducidos en aquella organización por el egoísmo de los miembros de las comunidades; se revolea contra el espíritu de privilegio y monopolio, que los sedujo, en contra de los reglamentos vejatorios y las trabas de la libertad del trabajo que se permitieron las corporaciones y que debía labrar su ruina, contra los abusos engendrados por el espíritu de fiscalismo y usurpación del poder real absoluto. Entretanto el edificio, á pesar de cuantos defectos se le atribuyeron, le parece un monumento admirable y prodigioso, en cuyo recinto hallaba cabida un mundo entero de trabajadores de fábricas desde el operario mas mezquino, y el compañero mas modesto, hasta el cuerpo de regidores, el preboste de los comerciantes, y el teniente general de la policía. "¡Hasta que punto, esclama el autor, se hallaban clasificadas, arregladas y combinadas todas las relaciones de estas órdenes diferentes!" ¡De que modo se hallaba trazada y prescrita de antemano la vida de cada uno! ¡Qué sabiduría, honradez y prevision en aquellos estatutos sobre el aprendizaje! ¡Qué bien demarcadas se encuentran allí las partes de una modesta ambición, y de un honrado amor propio! Cual se ofrece en ellos al hombre un objeto ni demasiado cercano ni demasiado distante, ni demasiado fácil ni demasiado difícil de alcanzar!

Se concluirá.

VARIETADES.

EL GLANDIER.

Su origen, antigüedad e historia.

En el centro del antiguo Limosin, entre los muros del castillo de Pompadour, y los límites de Orignac, país que no careció de importancia en otros tiempos, se estiende un valle solitario que parece evitar el aspecto de los hombres; tal es el cuidado con que esquivan los ojos del mundo, encerrado allí entre sus colinas y espesas selvas. El silencio de la muerte hace muchos siglos se ha hecho huested habitual de aquel misterioso valle. Solo se oye en su recinto el murmullo de un arroyo que juntándose con el río de Vézère, va á perderse en el Coreze, y alrededor los siniestros ahullidos de los lobos que por sus bosques discurren. Solo por raros intervalos lleva allí el viento los lejanos ecos de las fábricas y de los molinos, únicos sonos que hablan al hombre en aquellas soledades.—Este valle es el Glandier, país de lúgubres historias y de dramas tenebrosos y aciagos.

Su nombre de Glandier, en otros tiempos *Glandierum*, viene sin duda de la bellota que se coge en gran cantidad en aquellos parages, con preferencia á las demás partes del Limosin, que solo estaban entonces, como lo están todavía, plantados de castaños, cuyo producto forma el principal alimento y el comercio mas importante de la comarca.

Si aquel lugar, hoy de fatal renombre, ha conservado el aspecto salvaje que la naturaleza le dió, tambien ha padecido en su destino estrañas metamorfosis, y su historia profundamente interesante desde su origen, lo representa como fatalmente designado para servir de teatro á misterios de asombro y de muerte.

El arroyo que atravesaba en antiguos dias aquel yermo, mueve hoy las ruedas de un batán, y allí donde hace ménos de un año se desplegaba toda la actividad de la vida fabril, allí donde el desventurado Laffarge sucumbiera, legando á su viuda la terrible herencia de una acusación capital, se elevaba años atrás una santa y apacible Cartuja, que se cita con respeto en los antiguos anales religiosos bajo el nombre de *Sanctum Monasterium Glanderiense*.

Vamos á contar la historia, ó mas bien las historias, porque se refieren dos, de este austero convento, y diremos al sacudir las empolvadas crónicas que hemos hojeado, que existen estrañas relaciones entre la fundación de este casa, mas de 600 años há, y su fin en nuestros tiempos; que su aciago destino, y la serie de sus sucesos ligan su último dia con el primero, enseñando la mano de Dios, que trazó entre ruinas, lágrimas y sangre, estos fatales caracteres que no ha podido borrar el tiempo en su transcurso; "Dios maldice."

En 1218, pasaba un suceso de grande importan-

cia en aquella parte del Limosin, que acabamos de describir; el vizconde Archambaud, señor de la castellanía de Combourn, Orignac y otros lugares, volvía de Oriente donde pasara doce años batallando con los infieles.

Durante esta larga ausencia, la señora de Combourn se habia quedado sola en el vizcondado, repartiéndose sus esmeros entre su hijo, á quien educaba como madre piadosa y diligente, y los mas desgraciados de sus vasallos, quienes nunca recurrían en valle á su compasivo corazón.

Merced á esta activa solicitud, el señor de Combourn volvía á hallar su castellanía en un estado satisfactorio; sus rebaños eran numerosos, sus campos estaban bien cultivados, sus siervos ménos miserables, y en mas de un lugar, donde habia dejado escombros y ruinas, hallaba risueñas cabañas, en que enseñaban á los niños á bendecir su nombre, porque era el de Adelaida, su noble esposa, á quien llamaban la *buená dama*. Pero el señor de Combourn solo se sentia ligeramente conmovido de todas estas pruebas del celo afectuoso de Adelaida, y del religioso cuidado que ella habia tenido de reemplazar á su esposo y señor en la administración de su castellanía.

Nunca habia sentido Archambaud para con su noble consorte sino una insultante frialdad; y esta indiferencia, que su carácter brutal y duro no le permitía siempre disimular, lejos de debilitarse con los años, no habia hecho mas que crecer hasta convertirse en una verdadera aversión. Ni la hermosura de Adelaida, ni sus virtudes sensibles, ni su amor inalterable y resignado, pudieron conmover su corazón; hasta el nacimiento de un hijo, que fuera para él la realización del dorado ensueño de su vida toda, habia sido impotente para combatir estos sentimientos de increíble y odioso despego.

Las costumbres disolutas del Oriente, los hábitos de molición, el gusto de la depravación que las cruzadas hicieron adquirir á los guerreros de la cristiandad, habian conseguido inflamar las pasiones del señor Combourn, hasta tal punto, que lejos de volver á su patria con disposiciones mejores y mas rectas para con la pobre castellana, sus antiguos sentimientos de antipatía se hallaban aun mas escitados por una nueva causa que debia muy pronto convertirlos en fermentado odio, y en criminales proyectos. Causábalos la presencia de una jóven, que el caballero habia traído del centro del Asia; y ya fuese un presentimiento del corazón, ya fuese un aviso del cielo, cuando Adelaida, quien desde una de las torres del castillo aguardaba la llegada de su esposo que un ballestero acababa de anunciar, divisó á aquella muger cabalgando en una blanca hacanea al costado de su señor, figurósele su belleza un metéoro amenazador que habia de destruir sus últimas esperanzas de felicidad, junto con el nombre y la casa de los Combourn. Oscureció su alma tan fatal idea; helósele la sangre cual si hubiese llegado la consumación de su fatal profecía; faltaronle las fuerzas para bajar á recibir á su esposo; y solo después de ser dos veces llamada, pudo hacer un esfuerzo para presentarse delante de Archambaud.

Era en efecto *Lea* de belleza deslumbrante; pero que ejercía un imperio, el cual solo se acataba con un secreto sentimiento de terror, como se obedece al genio del mal. Hija de un caudillo pagano que murió combatiendo contra los adalides de la cruz, vino á pasar á manos del señor de Combourn: no tardó este en sentir por su prisionera la mas ardiente pasión, y cuando le fué preciso volver á su patria, ni aun le pasó por la idea que su título de esposo, padre y caballero cristiano, debiera romper su criminal cadena, y determinó abandonar la tierra del sol y que bajo el helado cielo del norte le siguiese *Lea*, en cuyo corazón habia depositado el germen de los proyectos mas ambiciosos. En efecto, ya hemos visto á la pagana traspasar los venerados umbrales del antiguo castillo de los Combourn.

Apenas habia pasado un año despues que volviera el señor de Combourn, y cada dia de este espacio de tiempo habia sido para Adelaida un manantial de lágrimas, de amenazas espantosas para el porvenir.

Habíase condenado vergonzosamente á una ignominiosa viudez, y á fuer de hija piadosa de Cristo, habia apurado sin quejarse el caliz ponzoñoso: habia visto á la soberbia estrangera usurpar el puesto que á ella correspondía, su rango, su autoridad y todavía hallára el sublime valor de resignarse y de guardar silencio sin reservar otro derecho para sí sino el privilegio de socorrer á los desgraciados. Jamas sus labios pronunciaron el nombre de Archambaud mas que para glorificarle y bendecirle; jamas se presentaba á él; pues que sabia lo importuna que le era su presencia, sino para implorar su justicia ó su generosidad en favor de los que de ella necesitaban; ni una

palabra, ni un signo daban á traslucir los tormentos de su corazón: cuando sus lágrimas corrían era en silencio y solo regaban las gradas del altar de la capilla donde pasaba las largas horas de sus dias solitarios.

Pero esta odiosa victoria, por muy completa que pareciese, no habia satisfecho á *Lea*, cuyas pasiones ardientes, como el sol que las engendrara, no se extinguían jamas á medio satisfacer. Cada nuevo triunfo ensanchaba su ambición en vez de llevarla á colmo. El vizconde de Combourn le habia prometido el nombre y título de esposa, y mientras viviese Adelaida no le era posible conseguirlo; tal pensamiento estaba sin cesar presente en su espíritu, y absorbía todos los demas. Bien ideaba Archambaud, á defecto de la muerte de su esposa, que tardaba demasiado, hacer que la autoridad eclesiástica invalidase su casamiento; pero que medios emplear, que agravios suponer contra una vida tan pura y venerada que la calumnia misma no podia mancillar? Y en aquellos tiempos eran los obispos fuertes en su poder, incorruptibles en su justicia, y no habia esperanzas de reducirlos, ni de comprometerlos; sin embargo, el señor de Combourn y su cómplice marchaban á su fin con asombrosa perseverancia, y en el ardor de sus culpables deseos no se detenían ya en la perpetración del mas horrible de los crímenes, cuando el acaso, ó mas bien el demonio vino á ofrecerles una ocasión favorable de llevar á cabo sus abominables designios.

La señora de Combourn tenia en su servicio particular un jóven page nombrado Yolando, pobre huérfano á quien habia recogido y amaba como á su propio hijo, del cual la habian separado privándole de sus caricias desde tierna edad para llevarlo á la corte del duque de Aquitania. Comprendió aquel jóven y noble corazón la inmensa deuda que contraía respecto á Adelaida, á quien bendecía como á su providencia sobre la tierra; por tanto la habia jurado una adhesión sin límites, y cada acción de su vida atestiguaba que sabia acordarse de su juramento. Asi es, que rara vez se apartaba de su noble señora; sentado á sus pies la oía leer las sensibles historias del antiguo testamento, y los altos hechos de la caballería, ó bien la acompañaba en sus visitas á casa de los pobres vasallos llevando por el collar de plata su lebel favorito. Un dia que el señor Combourn habia renido todos sus sirvientes en la gran sala del castillo, se trataba de decretar contra uno de ellos un castigo severo para que sirviese de exemplar, pues que el crimen era imperdonable y debia castigarse sin consideración; era el delincuente el halconero del castillo, antiguo criado que contaba veinte años de fidelidad y de adhesión á sus señores; pero habia cometido la falta de amar demasiado á su ama, y de haber imprudentemente defendido sus derechos tan afrentosamente violados.

Lea que no conocia obstáculos á sus caprichos, habia codiciado un halcón que Adelaida amaba con esceso; esta ave llevaba sus colores, y la habian apellidado *el favorito de la señora*.

Lea en uno de sus caprichos habia exigido la diésen aquel halcón, y el viejo halconero con su tosca franqueza no solo habia desechado sus ordenes, sino tambien despreciado sus amenazas; declarando que solo conocia por ama y señora á la noble dama de Combourn.

Semejante audacia debia recibir un severo castigo, y la vida del pobre halconero apenas valia lo suficiente para espíar este delito.

Adelaida, tan luego como supo que uno de sus antiguos y mas fieles sirvientes corría tan grave peligro por causa de su adhesión á su persona, quiso acorrer á su defensa, y dirigióse presurosa, en compañía de su page Yolando á la sala grande del castillo. A tan inesperada aparición, abrieronse anhelosas las filas de los concurrentes; un rayo de esperanza comenzó á relucir en todos los semblantes consternados, y á traves de bendiciones y murmullos de respeto y amor, atravesó el concurso la dama, para presentarse á su señor y consorte. Pero si ya hacia mucho tiempo que le estaba cerrado el corazón de Archambaud, cuanto mas difícil no le sería conmoverlo esta vez, cuando le era preciso combatir sus dos pasiones mas violentas; el orgullo y el amor? Asi se mostró insensible á todos sus ruegos, inexorable á sus súplicas; conjuróle en nombre de su hijo, y en nombre de su antiguo amor; pero no fué escuchada; agarróle las manos, que besaba mientras las cubria de lágrimas; pero sus lágrimas fueron menospreciadas; y sus instancias no hicieron sino encender la cólera de Archambaud, cuya furia se tornó en viva rabia, llegando hasta el extremo de amenazarla, y levantarle la mano, á ella, á la dama de Combourn, á la noble parienta de los duques de Aquitania.

En aquel momento terrible en que Adelaida se humillaba en silencio bajo la mano de su esposo, y cuando el temor helaba todos los corazones, un hom-

bre... ¿que digo? un niño, se atrevió á hacer cara al vizconde Archambaud; este niño era Yolando.

—Monseñor, exclamó este, he hecho un juramento á Dios de defender á mi ama y señora contra todo el mundo: Dios sabrá darme fuerzas para protegerla contra vos mismo.

Como Archambaud se quedase estupefacto con esta acción de osadía inaudita:

—Monseñor, añadió Yolando, castigadme si me hallais criminal; ordenad mi muerte, si la merezco; pero mientras yo viva, no herirá vuestra mano á quien he consagrado mi existencia.

—¡Atrás! gritó ruborizado el señor de Comborn.

Pero el page, custodiando con su cuerpo á la asombrada Adelaida, alargó el brazo para detener á Archambaud diciendo: "Señor, señor, que hicisteis á David mas fuerte que Goliath, socorredme!" Mas antes que su prece tuviera tiempo de llegar hasta aquel á quien la dirigia; el puñal de Archambaud habia rasgado el pecho del pobre niño, que fué á caer á los pies de Adelaida, como para formarle una tumba aluarte con su cadáver.

Este sangriento incidente puso fin á la escena que habia provocado; retiráronse todos en silencio, y con el alma sobrecogida de espanto. El desgraciado halcón fué colgado en una horca, y una hora despues de horribles debates, se quedó la sala solitaria y muerta, conteniendo tan solo el cadáver de Yolando, cerca del cual oraba y vertía lloros copiosos la señora de Comborn, privada de su defensor.

Pero el espíritu infernal de *Lea* juzgó bien pronto que podria sacar partido de esta ocurrencia en favor de sus proyectos criminales; solo faltaba un poco de esfuerzo para precipitar en el abismo al señor de Comborn, y este esfuerzo lo puso por obra. Incapaz de comprender á un gran corazón, ni los nobles apasionados sacrificios de que es capaz, se atrevió á calumniar la virtud de Adelaida y la adhesión de Yolando. Representóle como el favorito de la dama de Comborn, encantando con sus gracias juveniles y tierno amor las horas solitarias de la castellana; refirió mil familiaridades de su vida íntima y tuvo el valor de afirmar que las caricias de Adelaida eran el precio de la osadía que manifestara el mancebo haciendole frente á su señor.

Tan perversas insinuaciones hirieron mortalmente el corazón de Archambaud, y esta apelación indirecta al crimen encontró ya el camino bien preparado. Hacia largo tiempo que Adelaida estaba condenada, y solo se esperaba que sonase la hora de su muerte; la palabra odiosamente calumniadora de *Lea* fué el golpe fatal que la señalara.

Llamó Archambaud á Rodolfo su viejo escudero, que le habia acompañado en sus guerras contra los vizcondes, y el cual podia bien llamarse el ejecutor enmascarado é inexorable de sus órdenes, por muy crueles que fuesen estas. Hablaron largo tiempo juntos; cuando llegó la noche, se apartó Rodolfo de su señor y no volvió á aparecer en toda ella.

Al siguiente día, cuando apenas asomaba la luz, en el escudero en la habitación de Archambaud, quien parecia aguardarle con viva impaciencia. El viejo soldado estaba muy pálido, en su semblante se veia impreso el terror; miraba en torno de sí con aire asombrado, cual si tuviesen las paredes ojos y oídos para oír y escucharle.

—Estamos solos, le dijo el señor de Comborn, ¿el fiel amigo? ¿qué es lo que tienes?

—Oh! Señor, perdonadme!

—¿Qué pues? ¿y mis órdenes?

—Ya están cumplidas, monseñor.

—¿Pues bien?

—Ahora tengo mucho miedo.

—¿Tú?

—Sí, eso os espanta, ¿no es verdad? yo Rodolfo durante treinta años de mi vida he jugado con la muerte en cien batallas, tiemblo monseñor y tiemblo asombro!

—Pero dime la causa!

Escuchadme! Esta noche, así que todos se durmieron, penetré hasta su cámara segun me lo habiais ordenado. No estaba allí Yolando para guardar la entrada. Reposaba con tranquilidad; su libro de preces estaba abierto á su cabecera, en el capítulo que trae las oraciones para los difuntos.

Acerquéme á ella y la disperté con suavidad. Causa al principio gran sorpresa mi súbita aparición; pero así que me hubo conocido; ah! sois voz Rodolfo, dijo, ¿que os trae aquí á estas horas de la noche?

—Señora, respondí, es para daros á conocer las intenciones de monseñor.

—Monseñor tiene derecho para mandar, y mi obligación es obedecerle: hablad Rodolfo.

—Por la virgen santa; señor, que mi corazón se derretia delante de tanta dulzura y piadosa bondad, sin embargo añadí:

—Señora, mi misión se reduce á conducirlos á una soledad.

—A una soledad, replicó ella con aire de asombro: ¿será preciso que me aleje del castillo de mi señor?

—Si, señora.

—¿Y cuando, Rodolfo?

—Ahora mismo.

Pareció tan abatida con esta nueva cual si la hubiesen leído su sentencia de muerte, y guardó silencio por algunos instantes; despues, como si su valor se hubiera reanimado: vamos, dijo, estoy pronta á obedecer; solo te pido, Rodolfo, unos cortos instantes para vestirme y encomendarme á Dios. —Entonces me salió de la cámara.

—Pero acaba, exclamó el señor de Comborn, quien no podia contener su impaciencia.

—Oh! señor; lo restante no tiene mucho que referir, aun cuando es horrible en extremo!

Salimos juntos del castillo; ella caminaba temblando, oraba en voz baja y lloraba en silencio. Despues de una hora de marcha, llegamos á orillas del rio, en el parage donde la selva está mas espesa, y las encinas remplazan á los castaños. Luego que allí estuvimos, perdonadme señor; me puse á temblar aun mas que ella y la dije: mi buena dama ¿no es verdad que perdonareis á los que os hagan daño porque se les obligue á ello?

—A esos los perdonaria de buena voluntad, respondió ella, y rogaria á Dios perdonase á los que les habian forzado á hacer semejante violencia.

—Pues bien, señora, perdonadme á mí... arrodíllase y orad.

Pareció comprenderme porque actú continuo se puso de hinojos y comenzó á recitar las preces de los agonizantes.

Y aprovechándome yo del momento en que entregada enteramente á Dios se habia olvidado de mí, le rodé el cuello con el aciago dogal, y comprimí con todas mis fuerzas para que la muerte se siguiera al instante; despues agarré el cadáver y lo arrojé dentro del rio.

Pero en aquel instante un espectro, una fantasma, un ángel bajado sin duda del cielo, apareció caminando sobre la superficie de las aguas cual, si estuviese en tierra enjuta, asió de la mano á la que yo acababa de asesinar tan cobardemente, y ambos se dirigieron hacia mí.

A semejante espectáculo, lancé un grito terrible que resonó en todo el valle, y echando á huir á través de la selva, anduve vagando en ella toda la noche, hasta que al fin, renaciendo el día me alumbró en mi carrera y me permitió viniese á referiros este prodigio asombroso.

Por muy criminal y endurecido que fuese ya el corazón del señor de Comborn, en aquellos tiempos de credulidad y ciega fé, todo lo que era sobrenatural encontraba fácil crédito, y la relación del viejo Rodolfo no dejó de inquietarle profundamente.

Pero bien pronto sus pasiones desordenadas ahogaron este último grito de su moribunda conciencia. *Lea* estaba continuamente á su lado como el ángel del mal, para ahuyentar de su pensamiento toda idea de contrición, y apenas pasaron algunos meses, cuando ya habia olvidado á Adelaida, y su trágico fin, y solo pensaba en cumplir la promesa que su cómplice habia hecho.

Lea se tenia por dichosa y triunfante; iban á cumplirse sus ambiciosos proyectos, y se veia próxima á reinar sin temor sobre el corazón del vizconde; así es que anhelaba con todas las veras de su alma el día en que se viese esposa del señor de Comborn.

Llegó en fin aquel día tan deseado, y nada se descuidó para hacer la ceremonia pomposa y solemne. Todos los vasallos, que no veían sin pesadumbre á la extranjera, como ellos la llamaban, ocupar el puesto de su señora y castellana, habian recibido la prudente orden de estar gozosos, divertirse y regocijarse. Las salas y patios del castillo estaban llenos de mesas, en que debian ser espléndidamente festejados, mientras que varios mensajeros, despachados con anticipación, habian convocado á todos los castellanos de los alrededores.

Sonó en fin la hora de la bendición para los nuevos esposos, y el señor de Comborn, escoltado por sus nobles amigos, y seguido de la turba de sus sirvientes, condujo al altar á *Lea*, resplandeciente de orgullo, de felicidad y de belleza.

Pero en el momento que el sacerdote puesto en pie delante de los novios recibía su juramento, é iba á tender la mano para bendecirlos, salió del centro del altar un espectro y lanzandose hacia ellos, exclamó con voz terrible: "Sacrilegio! sacrilegio!" en seguida desapareció.

Semejante ocurrencia interrumpió, como puede

creerse, la ceremonia, despertando horribles recuerdos en el corazón de Archambaud; esparcióse bien pronto la noticia por toda la comarca, pues la divulgaron los señores que habian asistido á aquella escena inesplicable, que hizo tanto ruido que el juez presdial de Limoges tuvo por conveniente hacer investigaciones sobre el asunto.

El obispo de Limoges Bernardo de Savene, escitó al señor de Comborn ante su tribunal, y tal era el poder de la autoridad eclesiástica en aquella época, que el señor Archambaud, cuyo corazón Dios habia conmovido de antemano tal vez, no pensó en resistirse á esta orden, y compareció el día señalado.

Allí, en presencia del obispo y de su capítulo, confesó su crimen, y sometióse á la penitencia que tuviesen por conveniente imponerle.

Bernardo de Savene, despues de haber consultado las opiniones de sus sabios consejeros, condenó al señor de Comborn á hacer penitencia egemplar y pública; pero este, muy pronto, entrando por sí mismo en las vías del arrepentimiento, pensó seriamente en la salud de su alma, á tan alto grado comprometida, y quiso consagrar su vida á la penitencia, y á la expiación de su crimen. Separóse de *Lea*, de la cual no se volvió á saber despues, lo que acreditó en la comarca el rumor de que era alguna hija del infierno venida al mundo para perder el alma de Comborn. En el mismo lugar donde Adelaida habia sucumbido fundó un santo convento de cartujos, en el cual se encerró él mismo al fin de su carrera mortal, y donde se guardó despues su corazón sepultado en el sagrario de la iglesia. De resultados de sus donaciones y ofrendas continuas, el señorío de Comborn, reducido á la nada, solo tuvo desde entonces una existencia nominal. El hijo de Archambaud concluyó por renunciar su título y sus derechos de señor, vizconde, y castellano; entró tambien en el convento fundado por su padre, y solo salió de él para subir á la silla de los obispos de Limoges, donde se le vé sentado en el año de 1246.

La otra historia del Glandier es infinitamente mas corta, aunque no ménos dramática; con la diferencia que esta segunda tradición, tambien muy popular, y conservada religiosamente en la memoria de los habitantes del valle, hace subir hasta el siglo oncenno ó duodécimo la fundación del Glandier.

Pretende esta crónica, que la cartuja de que hablamos ha debido su fundación á dos crímenes espantosos, el estupro y el asesinato. Una jóven de Pommias, aldea del partido de Orgnac, era objeto de las atenciones de uno de los vizcondes de Comborn. Este orgulloso noble habia sabido inspirar á su humilde vasalla una de aquellas pasiones, que son tanto mas vivas, cuanto ha sido preciso allanar mayor número de obstáculos para acercar las distancias entre el amante y el objeto de su afición. Obligado á ausentarse para tomar parte en las guerras que habian estallado en el centro de la Aquitania, el señor Comborn confió á Berta, su ídolo, al cuidado de uno de sus abades castellanos. Este tesoro fué mal guardado, y la violencia obtuvo lo que solo se rinde al amor. Pero debia llegar el día de la venganza: volvió de su expedición el vizconde, é informado de la alevosía de aquel á quien confiara lo mas precioso que en el mundo tenia, sin respeto al sagrado carácter del delincuente, sin respeto al lugar santo adonde se habia refugiado, corrió á buscarle hasta lo mas oculto del santuario, y le mató á puñaladas sin la menor compasión sobre las gradas del altar, en el momento que pedía á Dios el perdón de su culpa.

Este crimen, cometido con una audacia sin ejemplo, en aquella época, sublevó contra Comborn la reprobación universal del clero limosino, y le obligó á hacer penitencia pública, cediendo ademias la mitad de sus bienes, y fundando la santa cartuja del Glandier.

Muchos siglos despues reemplazó á los cartujos otra orden de religiosos, hasta que en el año de 1793, fué convertida la cartuja en finca nacional.

Vino despues uno de aquellos especuladores denominados adquiridores de bienes nacionales y la finca se tornó en fragua y batán; el primer propietario la traspasó á otro, este á un tercero, que fué el desgraciado Laffarge, cuyo trágico fin es conocido de toda la Francia.

Y á esta hora, que su jóven viuda, agobiada bajo cargos verdaderamente terribles, comparece ante la justicia de los hombres ¿que le sucederá? ¿de que modo terminarán los destinos del Glandier, del cual es ella quizá la última heroína?

¿Recordará por ventura Maria Cappelle á la inocente Adelaida? ó acaso, ¿podrá decirse de ella que hereda las fatales pasiones del señor de Comborn? Solo Dios lo sabe!

Orden de la plaza.

SERVICIO PARA MAÑANA.—Los cuerpos de la guarnición con el primer batallón de Milicia nacional.—Gefe de cuartel y de recinto el comandante de batallón del cuerpo nacional de ingenieros D. Ignacio Caballero, gefe del detall de la comandancia de la misma arma en esta plaza.—Gefe de día D. Javier Urrutia, comandante del segundo batallón de Milicia nacional.—Capitan de hospital y provisiones el primer batallón infantería de Marina.

Junta de Comercio.

D. Miguel Guillen Lagranque, ó su encargado D. Isidro Prado se servirán presentarse en la secretaria-contaduría de la expresada corporación, para enterarse de asunto que le interesa. Cádiz 16 de Setiembre de 1840.—JOSE MARIA AGUAYO, secretario-contador.

Las Zlagas de San Francisco y San Pedero Arbues mártires.

El jubileo está en la iglesia de S. Pablo.

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS DE AYER.

Horas.	Termóm.	Baróm.	Viento.	Atmós.
	Reaum al medida aire libre inglesa.	inglesa.		
Al s. el sol. 15	s. 0.	29.98.	NNO.	Clara.
Al mediodia. 17	s. 0.	29.98.	NO.	Celages.
Al p. el sol. 16	s. 0.	29.96.	NO.	Idem.

AFECIONES ASTRONÓMICAS DE HOY.

El sol sale..... á las 5 y 49 minutos de la mañana.
Se pone..... á las 6 y 11 minutos de la tarde.

MAREAS DE MAÑANA.

Primera alta á las 6 y 33 min. de la madrugada.
Primera baja á las 12 y 50 min. de la mañana.
Segunda alta á las 7 y 8 min. de la noche.
Segunda baja á las 0 y 0 min. de la tarde.

Cadáveres enterrados en el cementerio de esta ciudad en el día de ayer.

Hombres.....	0
Mujeres.....	0
Niños.....	4
Niñas.....	2
Total...	6

ANUNCIOS.

Colegio de humanidades y filosofía de San Felipe Neri de Cadiz.

El 18 del presente mes de Setiembre empieza en este establecimiento el curso del año escolástico de 1840 á 1841.

Se está repartiendo el cuaderno numero 23 final de Italia correspondiente al Panorama Universal.
Los cuatro primeros cuadernos número 1 á 4 de Malta.

El pliego de la historia de España por Romey, número 20, tomo 2.º

El cuaderno del Quijote, número 19, tomo 2.º

El Museo de familias del mes de Agosto número 2 tomo 4.º

Hay colecciones completas de los países publicados del Panorama, de la Historia de España y del Quijote: continúa abierta la suscripción á dichas obras calle del Camino, número 84.

Estando ya completo el número de los que se hace cargo el profesor de la calle del Jardínillo, núm. 118 para la instrucción de letra inglesa, partida doble y cambios, tiene el honor de prevenirlo para que se eviten la molestia de presentarse ahora mas.

2

EN la tarde de ayer se ha extraviado una letra de pesos fuertes 4720, cuatro mil setecientos veinte, dada en Buenos Aires el 24 de Febrero de este año por D. Pedro Antonio Sanchez, á treinta dias vista, á favor de D. Ven-

tura Costas de la Peña, y cargo de los Sres. D. José y D. Juan Silonis, de este comercio. Se suplica al que la hubiese encontrado se sirva entregarla á D. Pedro Nolasco de Soto, calle del Baluarte, número 123, que dará el hallazgo; en el concepto de que no será pagada por los Sres. Silonis, no siendo presentada por el interesado.

PARTE MERCANTIL.

Para la Habana CON ESCALA EN PUERTO-RICO.



LA nueva y hermosa fragata española LEONTINA, que se halla en bahía, acabada de construir, dará la vela á la mayor brevedad al mando de su capitan D. Gabriel Perez: tiene 22 camarotes cerrados y además colocación para 40 pasajeros en sus dos magníficas camarillas, á quienes se les dará un excelente y esmerado trato, pan fresco diario y cuanto sea susceptible á proporcionar toda comodidad: admite el resto de carga por tener á su bordo y asegurada mucha parte de ella, y los pasajeros que se presenten para ambos puntos.

Se despacha por D. Joaquin Soler, calle de las Bulas viejas, número 129.

Para Tampico.



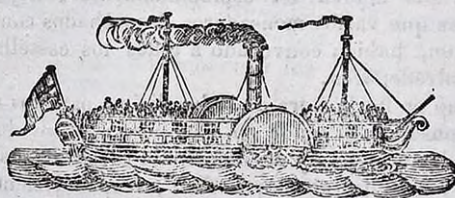
LA fragata francesa ANSELMO, capitan Le Guinedal que acaba de llegar de Burdeos, partirá inmediatamente para su destino por tener listo su cargamento. Los Sres. que han recibido órdenes para embarcar se servirán ponerse de acuerdo con el consignatario sobre el día que han de enviar su carga á bordo. Admite pasajeros, para los que tiene las mejores comodidades, habiendo sido construido este buque expresamente para la carrera de Burdeos á Tampico, y susceptible de pasar en todos tiempos aquella barra.—Se despacha en la calle Ancha núm 132.



BUQUES ENTRADOS

EN ESTE PUERTO EL DIA DE AYER.

De Montevideo, bergantin español Conde de Luchana, capitan D. Juan Zabala, con cueros, en 79 dias.
De San Vicente de la Barquera, goleta española San José, capitan José Larrazabal, con madera en 7 dias.
De Liverpool, bergantin ingles George IV., W. Cornelius, con vino, en 14 dias.
De Burdeos, fragata Anselmo, Mr. Le Guedeal, con mercancías, en 8 dias.
De Almeria y Tarifa, dos barcos menores con plomo é higos.
De Bilbao, lugre Antigua, Juan Anduiza, con trigo, en 8 dias.



LA COMPAÑIA PENINSULAR DE VAPORES que hasta ahora ha hecho el servicio de correos de S. M. Británica, ha sido empleada del modo siguiente bajo la nueva denominación de

Compañía Peninsular y Oriental de vapores, su capital un millon de libras esterlinas, dividido en 20.000 acciones de á 50 libras esterlinas.

Buques pertenecientes á la compañía y su carrera.

Desde Inglaterra á	Oriental, de 1673 toneladas y fuerza de 450 caballos.
Aleandriasaliendo de Southampton ..	Liverpool (nuevo) 1540 id. 464 id.
Entre Calcuta y Suez.....	Tagus..... 900 id. 306 id.
Entre Londres, Falmouth, Vigo, Oporto, Lisboa, Cádiz y Gibraltar....	Braganza..... 700 id. 260 id. Royal Tar..... 700 id. 260 id. Montrose..... 650 id. 240 id. Iberia..... 560 id. 100 id.
Entre Malta, las Islas Jónicas y Grecia.....	Liverpool 500 id. 160 id.
En el Rio Nilo.....	El Lotus, vapor de hierro.

La compañía además de seguir el servicio de correos hasta Gibraltar despachando un buque cada semana, ha contratado con el gobierno de S. M. Británica el transporte de la correspondencia para la India Oriental por medio de otros buques, uno de los cuales saldrá el 1.º de cada mes de Southampton para Aleandria con escala en Gibraltar y Malta.—El viaje se calcula de este modo.

De Southampton á Gibraltar	5 dias.
De Gibraltar á Malta	4 "
De Malta á Aleandria	5 "

14

Deteniéndose 6 horas en Gibraltar y 24 en Malta.

VIAGE POR EGIPTO.

Desde Aleandria por el Nilo en barcos hasta Atén, de allí al Cairo en vapor.

Del Cairo á Suez en carruages, camellos ó caballos.

De Lóndres á Southampton pueden ir los pasajeros en tres horas por el camino de hierro.

Los pasajeros para la India que deseen visitar la España y Portugal tendrán el privilegio (sin gasto adicional) de ir á la Península en uno de los vapores semanales y de este modo visitar á Vigo, Oporto, Lisboa y Cintra, Cádiz, Sevilla, Gibraltar, Algeciras &c. y juntarse en Gibraltar con el vapor para Malta y Aleandria el 5 del mes.

Para mas informes se acudirá en Cádiz á los señores D. Pedro de Zulueta y compañía, plazuela de las Nieves.



VAPORES AL PUERTO DE SANTA MARIA

La empresa siente tener que suspender los viajes hasta nuevo aviso.

EL CORIANO saldrá para Sanlúcar y Sevilla el Viernes 18 del corriente á las 11 de la mañana.

EL PENINSULA saldrá para Sanlúcar y Sevilla el Viernes 18 del corriente á las 1½ del día.

Los billetes se despachan en Cádiz, en el muelle, á bordo del mismo buque.



Teatro Principal.

Esta noche á las siete, se ejecutará la acreditada media en 5 actos, de D. E. Scriba, traducida por el desgraciado D. Mariano de Larra, titulada

El arte de conspirar.

Dando fin con baile nacional.

Terminando con esta función el número de las 30 presentaciones del primer abono, se abre otro nuevo por otras 30 que principiarán el Sábado 19. Los Sres. que gusten seguir con sus localidades podrán verificarlo en la oficina del teatro ó despacho de localidades; como igualmente los que gusten abonarse de nuevo.

Se está preparando el drama nuevo en cinco actos titulado

Diana de Chivri.

Impresor y Editor responsable V. Caruana.

Imprenta del TIEMPO, calle de la Verónica, núm. 13.